Año V. JUEVES 17 DE SEPTIEMBRE DE 1896 Núm. 108.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS

DE BARCELONA

PATRIOTISMO Y COSMOPOLITISMO

(Conclusión)

Atribúyese la paternidad de la voz *altruismo* á Augusto Comte. Este célebre filósofo y matemático francés, llamado el Benjamín de la escuela San-Simoniana, toda vez que Saint-Simón cifraba en él grandes esperanzas, dotado de un potente espíritu de especulación, creyéndose llamado á desempeñar en nuestro siglo el papel que en el XIII desempeñara Roger Bacón, convencido de que su doctrina positivista era sumamente deficiente desde el punto de vista sentimental ó religioso, quiso remediar esa deficiencia, creando al efecto una religión; pero como su filosofía niega toda deidad, toda participación de lo supra-sensible en el mundo del *órgano* y de la *célula* y no admite más que la humanidad, hizo á ésta, objeto y fin de su nuevo culto. No vamos á describir la ingeniosa, pero ridícula, organización que Comte estableció en su obra *Calendario positivista, culto sistemático de la humanidad ó sistema general de conmemoración pública;* para muestra bastará consignar que el mismo Comte se nombró Pontífice de ese nuevo credo. Entra en nuestro objeto transcribir un pasaje de dicha obra. «El móvil de nuestros actos, dice Comte, es el culto del interés general, el amor á la Diosa Humanidad, que ahonda sus raíces en las desconocidas profundidades de lo pasado, abraza el presente, y penetra en lo insondable é infinito del porvenir.» Ese culto, ese amor, ese sentimiento individual á la manifestación sociable del individuo, es á lo que llama Comte *altruismo*.

Expuesto sucintamente queda lo que es el altruismo. No podemos extendernos en su refutación, pues, para ello tendríamos que ahondar demasiado y abrir un paréntesis interminable. Condensando ideas, diremos que lo que se ha llamado Moral altruista no es más que una fase de la moral utilitaria ¿qué es el altruismo, tanto en el sentido en que lo explica Comte y la escuela francesa, como en el que le da el evolucionismo inglés representado por Spencer? es una solapada manifestación del funesto positivismo, dentro del que resulta problemática su existencia, ya que no es siempre factible armonizar ese amor á los demás con los principios de conservación y reproducción sobre los que se halla fundamentada la doctrina positivista.

La diferencia que existe entre el cosmopolitismo cristiano y el altruismo positivista se desprende lógicamente de las consideraciones que llevamos hechas. El sentimiento cosmopolita se funda en el principio de recíproco amor y mutuo auxilio, principio absoluto, puesto que Dios lo ha esculpido en el corazón del hombre; el sentimiento altruista se basa en el principio relativo de la utilidad. Arranca el cosmopolitismo de principios concretos é indestructibles por lo mismo que son absolutos; parte el altruismo de un principio vago, indefinido y contingente por lo mismo que es relativo. Impónese el cosmopolitismo á la naturaleza humana; en el altruismo, por el contrario, es la naturaleza humana la que se impone á dicho sentimiento. El cosmopolitismo es el reinado de los principios cristianos en la vida moral, social y jurídica de los pueblos: el altruismo representa el entronizamiento de los principios racionalistas.

Esta adulteración que han sufrido los elementos componentes del cosmopolitismo, ha trascendido á la vida material de los pueblos, y de ahí esos acontecimientos á que antes aludíamos, esas violaciones del derecho de gentes á que comenzamos estar acostumbrados y que amenazan concluir con los restos de un poder político y diplomático mal comprendido y peor practicado. Quedamos, pues, en que la doctrina de Cristo es la depositaria de los principios que deben informar el cosmopolitismo.

¿Y qué diremos del patriotismo? Necesitaríamos todas las páginas de esta REVISTA y aún sería insuficiente su espacio, para demostrar, examinando hecho por hecho, período por período, la poderosa influencia que en el patrio-

tismo de los pueblos ha ejercido la doctrina católica, mejor dicho para demostrar la connaturalización que existe entre nuestra Religión y el amor á la Patria.

Hay, desde luego, una razón asequible á todos. Antes del Cristianismo no existía sociedad doméstica porque no existía sociedad conyugal. Cada familia constituía un verdadero Estado, con sus dioses propios, sus leyes propias y su propio patrimonio. Los pueblos, más que una agrupación de individuos, eran una federación de familias y como la individualidad estaba absorbida por la entidad familiar, seguíase de esta rara organización que la soberanía del Estado quedaba limitada por la soberanía particular que en cada familia ejercía su jefe. No era éste el cónyuge respetuoso ni el padre amante y amado de sus hijos; era el legislador altivo, el severo magistrado y el terrible ejecutor de cuantos caprichos se presentaran á su voluntad. Dada esta organización que afecta la familia de la generalidad de los pueblos paganos, tanto en el egipcio como en el persa, pero muy especialmente en el romano, fácil es comprender que debía estar á cero grados el amor que el individuo profesara á su familia, y por ende á su patria. Y si es cierto, como lo es en realidad, que el Cristianismo elevó á la mujer considerándola compañera del hombre y dignificó al esclavo haciéndole persona; que derrumbó para siempre el despotismo de aquellos soberanos familiares; si desde entonces cada persona ocupa en la familia el lugar correspondiente á su edad, sexo y capacidad; si convirtió el autocrático estado familiar en hogar doméstico, haciendo de éste puro manantial de amor: es claro que en el Cristianismo hemos de buscar el principio generador del patriotismo, pues éste, decíamos, es una derivación aunque amplificada, del amor que el individuo profesa á su familia.

Bajo otros aspectos especulativos, pudiéramos demostrar también que el patriotismo, al igual que el cosmopolitismo, halla su razón de ser en los principios cristianos. No se concibe Patria sin Estado y no se concibe Estado sin que intervengan en su constitución elementos del Cristianismo; porque fundado el Estado en los dos principios de personalidad jurídica de los pueblos y de igualdad individual, allí donde falte alguno de esos dos principios no será posible aquél; y como precisamente la proclamación de entrambas ideas se debe al Cristianismo (cosa que nadie á puesto en tela de juicio, lo que nos dispensa de todo adi-

tamiento histórico), resulta también desde este punto de vista que el patriotismo deriva de aquellas máximas que hace cerca veinte siglos proclamara el Redentor de la humanidad.

Acaso alguien nos objetará preguntándonos por el patriotismo de los pueblos no cristianos. Anticipándonos á esa objeción, diremos: que si pudiéramos imaginarnos un pueblo completamente virgen de la planta de un misionero, procuraríamos con el esfuerzo de nuestra razón contestarla de cierto modo; pero como no hay en todo el orbe conocido, pueblo rudimentariamente civilizado en el que no haya penetrado la Luz del Evangelio, aunque haya sido á costa de la sangre de muchos mártires; como va cumpliéndose constantemente la Ley de Cristo que predicó una Iglesia Católica, esto es, universal, no puede nuestra abstracción llegar á lo imposible, mejor dicho, á lo absurdo. Imaginarnos un pueblo en el que no hubiese penetrado aún el bálsamo del Critianismo, sería negar con la fantasía las nota de catolicidad, cuando menos la de lugar, con que Cristo revistió á su Iglesia. Nuestra imaginación en este punto debe llegar hasta donde llega el explorador; porque donde va el explorador va el misionero. Habiendo penetrado, pues, el Cristianismo, gracias á la perseverancia de nuestras misiones, en todos los pueblos conocidos, tenemos ya la regla para explicar el fenómeno que de muy buena fe y en forma de objeción pudiera presentársenos.

Hasta aquí hemos examinado en su esencia los dos sentimientos objeto de nuestra atención. Réstanos, para terminar, descubrir la manera como se armonizan en su desarrollo. Principio general: el patriotismo y el cosmopolitismo tienen un mismo génesis é idéntica finalidad; sólo difieren algo en su intensidad y radicalmente en su extensión. Es evidente que el amor derivado del cosmopolitismo es mucho más extenso que el que importa el patriotismo: el todo es siempre mayor que la parte. Y evidente es también que el cosmopolitismo es un sentimiento menos intenso que el amor á la Patria; pues existe en la Naturaleza una ley universal, que se llama ley del amor, cuya frecuente aplicación en las ciencias sociales, es notoria, sobre todo en la jurídica, que nos dice: que la intensidad se halla en razón inversa á la extensión. Cuanto más extenso es el amor, es menos intenso y vice-versa.

Esos dos sentimientos no deben hallarse nunca en con-

tradicción, pues el hombre á la vez que hijo de su patria, es ciudadano del mundo. Ambas ideas se compenetran y lejos de excluirse, recíprocamente se necesitan. Los que, víctimas de una nostalgia prematura, ensalzan el cosmopolitismo como panacea universal, absorviendo en él todo el gérmen del amor patrio y entonando ditirambos á la humanidad menosprecian al individuo, desconocen la firme adhesión que el hombre presta á su familia, á sus amigos y compatriotas, olvidan que el individuo hecha raices á todo cuanto le rodea é incurren en palpable contradicción cuando no en hueco espíritu declamatorio. Aquellos que, por el contrario, pretenden desmembrar del corazón humano ese sentimiento afectivo que le impele á querer á sus semejantes sin distinción de paises, proclamando como dogma el patriotismo escueto, frente á cualquier otro interés, dando por bueno todo lo que no le contradiga, abogarán por el egoísmo nacional que la Filosofía condena y la Historia reprime, predispondrán el ánimo de sus conciudadanos á la injusticia y elevarán á ley lo que siempre debe ser mirado con recelo: la pasión. Como ha dicho un orador parlamentario «el amor patrio no debe estar en abierta contradicción con el amor á lo justo.»

Sintetizando lo expuesto, concluimos:

Que el cosmopolitismo ha sido engendrado por el cristianismo; y se halla con El tan íntimamente relacionado, que pretender su separación equivaldría á desnaturalizarle.

Que el patriotismo tiene su fundamento próximo en la familia cristiana y el remoto en el próximo de dicha familia; y,

Que el patriotismo y el cosmopolitismo no son sentimientos contrarios, pues, se fundan en principios semejantes, tienen un mismo génesis é idéntica finalidad; sólo difieren esencial y absolutamente en su extensión y parcialmente en su intensidad.

JUAN GUINART Y LLOS.

Barña., 24 Agosto 1896.

SOBRE LO MISMO

CONTESTACIÓN A LA CARTA ABIERTA

Sr. D. Casimiro Comas y Doménech.

Mi distinguido amigo:

No *asombro hasta un grado inconcebible* como á V., sino simplemente sorpresa grande me produjo la vista de mi artículo «¿España es una?» en las páginas de La Academia Calasancia. Porque lo mandé á la Redacción en tiempo hábil para que pudiera publicarse en la primera quincena de Agosto, acompañándole una nota que vió la luz en la primera página de dicho artículo, y pues que para dicho número se presentó un trabajo de un apreciado amigo mío tratando, aunque bajo otro concepto, el mismo tema, sin duda los señores Académicos, redactores de la Revista, interpretando acertadamente lo que quise indicar en mi nota, suspendieron la publicación del artículo. Yo, la verdad sea dicha, no pensé más en ello, que si hubiese sospechado lo que podía ocurrir, si hubiese imaginado que La Academia Calasancia, respetando un derecho consignado en el Reglamento, iba á publicar mi trabajo en el número siguiente, me habría presentado en la Redacción pidiendo se suspendiera; por esto, porque ya lo había olvidado todo, me sorprendió grandemente la vista de mis mal trazadas líneas.

Entiendo no ser sobra de cortesía hacia los dos contendientes intervenir en discusión alguna, sin ser para ello requerido; involuntariamente he incurrido en tal falta, y no tengo otro medio de sincerarme, que exponer los hechos y presentar mis escusas, aún cuando celebre mi extemporánea intervención, por haberle dado nueva ocasión de lucir sus dotes de escritor elegante, si bien, á pesar de la elegancia y corrección de su frase, se haya equivocado—á mi modo de ver—no sólo en cuanto al fondo de su trabajo, sino también en las alabanzas que me prodiga y que, siendo inmerecidas, sólo puedo atribuir á su fina galantería ó al deseo de suavizar cuanto me decía, convirtiendo su carta en una bebida agri-dulce.....

De todos modos, lo sucedido limita extraordinariamente el campo en que puedo moverme, ya que no queriendo

en manera alguna privar de la libertad de sus movimientos al amigo que me ha precedido, no puedo penetrar en el dominio de la tal vez enfáticamente llamada Ciencia; y pues, contestar á V. es para mí, deber de amistad y cortesía que cumplo gustoso, me concretaré á hacerlo investigando el alcance y razón de ser de sus comentarios, y permaneciendo mientras me sea posible en el terreno del sentimiento. Esto último no deja de serme agradable toda vez que al entrar en el campo de la Ciencia todo es frío; como dice muy bien un escritor contemporáneo (creo que D.ª Emilia Pardo Bazán) el maldito análisis todo lo seca.

* * *

Pasando á mi *inconcebible silogismo*, creo como V. que las excepciones confirman la regla—pues si no existiera ésta, aquéllas no tendrían razón de ser—pero no se ver porqué tal aforismo haya de aplicarse al caso presente.

Si considerara V. como excepción una pequeña parte de España, conforme; pero aquí se trata de media España; trátase por lo menos de Aragón, Cataluña y Valencia (á las regiones primera y última creo no las cité en mi anterior), y dados estos precedentes, paréceme poco lógico formar con media España la regla (aquí *por casualidad* sucede que la regla aparece al lado de Castilla, de la que hablando de la guerra de sucesión dice Gebhardt—uno de los mejores historiadores de España, según un ilustre escritor y dignidad eclesiástica—que no podía mirar con cariño á un rey aclamado con tanto entusiasmo en Cataluña, Aragón y Valencia, los reinos que en la Península, escudados en sus fueros y franquicias, se negaban á reconocer la avasalladora influencia castellana) y con la otra media la excepción. Con el mismo derecho con que V. afirma que España hizo grandes sacrificios por Felipe, puedo afirmar que los hizo por Carlos de Austria, y no obstante, no lo hago porque no quiero confundir el todo con la parte. A señalar esta confusión, común entre los partidarios del centralismo, y en que, en mi opinión, V. incurrió con ellos, dirigíanse mis palabras; no tenían otro fin. Podría dejar aquí este punto, pero como V. aduce una serie de ejemplos (que por lo antes dicho, dadas las circunstancias que concurren en los mismos, se ve no son pertinentes á la cuestión que se debate) quiero yo también aducir uno.

Al finalizar el primer tercio de este siglo pasó á mejor vida un monarca, dejando como heredera de sus Estados una tierna niña cuya cuna no debía ser mecida por el amor de sus súbditos, sino que debía oscilar, merced á los furiosos embates de la guerra civil. V. conoce mejor que yo estas cuestiones, pero creo no afirmará que España hiciera grandes sacrificios en favor de uno sólo de los dos bandos: ¿acaso no eran todos españoles? ¿y cómo podía hacerse tal afirmación cuando la voluble fortuna sonreía un día al ejército de Isabel para enaltecer al siguiente las armas carlistas, dando motivo á que vencieran los unos y volvieran á vencer los otros, pero viéndose entre estas fluctuaciones la pobre Patria siempre vencida?

***

Notable es el modo, que calificaré de gracioso, como V. alarga las palabras de su contrincante cual si fuesen de goma elástica. Porque vamos á ver; de que yo diga que se descubren notables semejanzas entre dos hechos ¿cabe deducir que estos sean semejantes en todo y atribuirme luego á mí tal consecuencia? Si sostengo que en su aspecto exterior el azúcar molido se confunde con la sal molida, y además afirmo que estos cuerpos tienen como propiedad común el ser cristalizables ¿deducirá V. que el azúcar sea salado ó la sal dulce? Comparé la invasión agarena al prisma, porque amo á las regiones y quise parangonarlas al vistosísimo arco-iris, pero nunca se me ha ocurrido que pudiera llevarse la comparación hasta el extremo. Es más, no sólo no sostengo tal cosa, sino que afirmo lo contrario; el prisma descompone la luz solar, y apenas deja de interponerse en el rayo luminoso, vuelve éste á su primitivo estado; pero me permitirá V. que le pregunte ¿acaso arrojados los árabes de España quedó ésta como antes de la invasión? ¿acaso no se ven aún hoy día entre las regiones españolas notables huellas de la invasión arábiga? ¿cómo pues, querer equiparar ésta *por completo* á un prisma que una vez desaparece, no deja señal alguna de su acción? Existen semejanzas y me aproveché de ellas; quiere dárseme como semejante lo que no lo es y lo rechazo. Además, una comparación no es un argumento y nunca he pretendido usarla como tal; ¿porqué pues, pretende V. forzarla hasta hacerla aparecer como un argumento en mi contra?

***

Decía yo que la Historia ha legado á las regiones abundantes glorias, amores y odios, y esto no lo niega V. porque para ello sería preciso desconocer la Historia patria. En un pueblo como el nuestro, en que narra en cada una de sus páginas una hazaña que llega hasta nosotros, perfumando el ambiente que respiramos, envuelta en los ropajes de una poesía tan dulce y seductora como la que enaltece los hechos de nuestros héroes, es imposible que la Historia pueda dejar de tener influencia decisiva en su modo de ser, imposible es evitar que le dirija por derroteros determinados.

Existe una edad en la vida, llamada por cierto, edad de las ilusiones, que rápida vuela, sin dejar la mayor parte de las veces más huella de su paso, que un profundo abatimiento, nacido de la amargura que destila la tierna poesía de la desgracia y del desengaño, en la cual se vive la vida de lo pasado, la vida de lo que dejó de existir, se acarician sueños de gloria y ventura, y se está en la verdadera aptitud para percibir grandezas que de puro conocidas son casi olvidadas. Esto que sucede en la edad de las ilusiones, vése también aunque estas hayan desaparecido cuando nos referíamos á un pueblo, cuya historia sea parecida á la de Cataluña, libro de oro que nuestros ascendientes escribieron, adornándole no con piedras preciosas, sino con su valor, su lealtad, su acrisolado amor á la Patria (1).

Ahora bien, es imposible que quien quiera haya leído nuestra Historia, deje de admirarla, y si es catalán, imposible es que deje de levantar en su corazón un altar para el culto de la Patria; quien la menosprecie, no es que reniegue de ella, es que la desconoce. Siendo esto así, no es cierto que no se puede olvidar lo que olvidarse no debe? Sólo un exagerado mercantilismo que, atrofiando las levantadas aspiraciones de los pueblos los postra materializados ante el becerro de oro, puede cambiar su modo de ser, sólo él puede aproximar lo que de otra suerte jamás podrá aproximarse.

Hay agravios que no se olvidan; Cataluña, celosa de-

(1) Con lo que antecede no quiero decir que el pueblo catalán sea soñador; quiero significar únicamente que por difíciles que sean las circunstancias que atraviese no puede dejar de guardar profundo cariño y respeto á las glorias patrias.

fensora de las leyes, «tierra bendita de lealtad» como la llamó Pedro IV, levántase repetidas veces en favor de la ley hollada, de la justicia escarnecida, y vencedora ó vencida, inclina siempre la balanza del lado de la legalidad. ¿Cómo se explica que Monarcas vencedores entren en Barcelona como Reyes vencidos; cómo puede explicarse que la Condal Ciudad con la ley en la mano, dicte sus condiciones al que con un ejército victorioso se presenta ante sus muros? Es que existe un mutuo juramento de fidelidad; es que el Rey es lazo que une, no yugo que oprime; es que en los Reyes brilla el respeto á la ley, y como que admiraban el valor, sabían respetar la desgracia; el Monarca que nos regaló Luís XIV ignoraba todo esto..... Felipe V holló las leyes catalanas, y si á su derecho debía ser preferido el de Carlos de Austria, que no porque más tarde apareciese *ingrato*—¿acaso la gratitud ha sido nunca patrimonio de los Monarcas?—puede negarse que Cataluña suspirara por él, mientras representó su libertad, ¿qué tiene de particular que esta «tierra bendita de lealtad» movida como siempre por su amor á la ley negara su obediencia al intruso y apelara á las armas? Una vez vencida, cayó en un profundo abatimiento; sabía lo que era pelear contra Reyes: hasta entonces no supo lo que era combatir al Borbón.

Y no hay que suponer, como V. hace aunque no abiertamente, magnanimidad en Felipe V por no haber tomado medidas más extremas; acaso si un hombre, porque una dama se negara á satisfacer sus caprichos, después de robarla su honor y arrastrarla por el fango, le privara de su libertad, ¿le llamaría V. magnánimo porque pudiendo por la fuerza bruta quitarle la vida detuviera su puñal? Acaso el pisotear nuestras leyes, el entregar las ejecutorias de nuestra libertad al verdugo, no es cien veces peor que arrasar una ciudad? Existía un pueblo feliz, situado junto al mar, cuyas olas arrullaban su sueño lamiendo sus plantas, cuando en el silencio de la noche la luna rielaba sobre las aguas y le bañaba en plácido resplandor, velando su descanso por orden del Eterno; existía un pueblo que cuando á la vista del astro Rey, depositaba el mar á sus pies los testimonios de amor y respeto de las demás naciones, recostábase en los blancos picos coronados de nieve que habían sido testigos de todas sus glorias, ancianos gigantes, que cuando la brisa movía sus árboles contaban con

trémulo acento á un pueblo dócil que tan vieja como ellos había sido su independencia, enumeraban las invasiones extranjeras y los combates sostenidos en favor de la Patria; recordaban sus épicas hazañas..... Hoy no se quiere que exista tal pueblo; por esto han enmudecido los montes; por esto si el viento, retorciéndose entre agudos silbidos penetra en los bosques, sólo sabe arrancarles algún lúgubre gemido que despierta en el corazón el frío de los sepulcros.

***

¿En virtud de qué afirma V. que yo sostengo que el regionalismo tenga por base el odio y por fin la venganza, tomadas estas palabras en su acepción más común? Es preciso no confundir: el hecho histórico en que se fundan nuestras reivindicaciones, es un acto despótico de Felipe V, y supongo que no me va á pedir un aplauso para este atentado. Si no se nos hubiera arrebatado la libertad no tendríamos que pedirla; bajo este concepto afirmo con razón que la base de nuestras reivindicaciones es el odio, odio á la arbitrariedad, al despotismo. Y si la palabra *odio* la encuentra V. demasiado enérgica, la substituiré por otra: lo que nos mueve es el *amor* á la Patria, pues al fin y al cabo, tales expresiones significan lo mismo; el odio no es á mi modo de ver más que una manifestación, puede que extraviada, del amor. ¿Puede darse origen histórico más noble á nuestras aspiraciones?

En este concepto, sí, el odio nos sirve de base; pero suponer que alimentamos sed de exterminio, suponer que deseamos la destrucción y aniquilamiento de alguna porción de España, es desconocernos; es ignorar que no olvidamos que hoy la bandera roja y gualda á todos debe cobijarnos, pues ella es la que ampara á nuestros hermanos que luchan en Cuba, valientes soldados, que guiados por ella pelean, á su sombra vencen, y si por desgracia el plomo enemigo pone fin á sus días, con ella se abrazan al morir, y ella cubre su cuerpo frío; digno sudario de los héroes, inmaculado pendón que velará su sueño hasta que la trompeta del angel les llame á juicio.....

Pero á pesar de todo, penetrando más aún en el fondo de la cuestión, pregunto: cabe que sintamos admiración ó adoremos postrados de rodillas á la región ambiciosa que ha uncido nuestra Patria á su carro triunfal? Pues cuen-

te V. que muy cerca de ahí andará el odio, que no puede desaparecer sino después de una completa venganza; y esta venganza se llamará *castigo*, pues este nombre le da siempre el vencedor que la toma. Por ella veráse á una región española que, negando á las demás pretendió sobreponerse á ellas, verásela digo, perder sus prerrogativas, perder la diadema que usurpa, y una vez perdida, verásela caer entre sus hermanas que la recibirán cariñosamente con los brazos abiertos, pronunciando tiernas frases de perdón sus labios y acumulando amor inextingible en su corazón. No puede ser de otro modo; el soberbio será humillado.

Y aún cuando V. no entendiera en el concepto de triunfo de la legalidad las palabras odio y venganza que yo usé ¿porqué sus aspavientos? ¿Acaso son otra cosa más que venganzas las páginas de gloria que la Historia registra? ¿Acaso sin el amor y el odio, la amistad y enemistad de los pueblos, la Historia sería más que un relato soñoliento. un montón de nombres y fechas sin hechos que la enaltecieran y doraran sus páginas?

Convengamos en que, aún tomándola en el concepto en que V. la toma, la venganza tiene cierta grandeza: será grandeza salvaje si V. quiere, pero grandeza al fin. Y si admitimos estas grandezas como síntomas de aproximación á la barbarie ¿porqué las recordamos con orgullo? ¿porqué las ofrecen su lira nuestros poetas? Acaso al bardo errante, cantor de las glorias patrias, que de castillo en castillo iba cantando guerras y amores, encendiendo bélico entusiasmo cuando entre indómitos campeones, recordaba épicas hazañas y les incitaba á la lucha, ó avivando el fuego del amor, cuando en las largas veladas de las señoriales mansiones, rendidos á los pies de sus damas, sabían pulsar las liras, que trémulas se agitaban produciendo ideales acordes, que al convertirse en suspiros de amor hallaban eco en los corazones; acaso, digo, llamaremos á este trovador mensajero de la barbarie?

Y que á causa del orgullo humano la venganza tiene algo de sublime, V. no lo ignora; peor que la venganza es el suicidio, este acto de terrible desesperación de un hombre contra su Dios, y no obstante (muy lejos de mí el pensamiento de hacer la apología de este crimen) la idea de un ser finito que se hombrea con su Dios, tiene también su grandeza, grandeza diabólica que consagra la Historia

como una página gloriosa al recordar á las presentes edades los inmortales suicidas que se llamaron Numancia, Sagunto, Compañeros de Sertorio..... El parecido es completo; vituperables son el suicidio y la venganza, y al uno y la otra sublima la Historia en nombre de la Patria.

* * *

En cuanto á lo que V. dice sobre la lección que dió á todos el César Imperial, le diré que si cité el ejemplo de Carlos V y no el de la Reina Regente que V. menciona, fué porque, siendo totalmente distintas las condiciones de ambos Monarcas, difiere en consecuencia la interpretación de sus actos. El de la Reina Regente no puede considerarse más que como un estéril acto de cortesía, á lo más como un testimonio de admiración por un glorioso recuerdo; el de Carlos V es más que esto, es el ejemplo de un Rey que, *reconociendo en Cataluña la existencia de una nacionalidad*, preséntase como Jefe de la misma, sin querer que en nada se confunda con el resto de sus dominios.

* * *

Cumplido ya el deber de cortesía que me obligaba á contestar á V., tengo el gusto de repetirme una vez más su affmo. amigo y seguro servidor q. b. s. m.

JOSÉ GIRBAU Y SIVILA.

DEL NATURAL

—Mira, Roseta, ben cert que sembla art de bruixería; los rahims que hi ha en lo plá de l' Olana esparveran.

—Millor, home, aixís nos desquitarém d' aqueixos anys en que, si hem tingut sed hem hagut d' anar al torrent á apagarla, y bon goig que no estigués sech, que 'l cor del senyor Tomás, aqueix juheu que al veurens endogalats nos feya la caritat de deixarnos per mesos los diners á ral per duro. Si no hagués sigut pel *senyor*..... Aqueix si que té bons sentiments.

—Prou rahó que tens; pero ¿sabs qué pensava? Un any aviat es passat ¿m' entens? Me sembla que per tot aquest podém molt bé anarne bebent del *blanch;* que molt mala-

ment han d' anar las cosas que 'l vi no 'ns lo paguin de cinch á sis duros la carga, y unas cuantas cargas sempre las farém, ajudant Deu. Si 't dich que n' hi ha unas ceparradas que..... *vamos*, qu' es un bé de Deu qu' enamora.

—No has pensat malament, Joseph, al contrari, aixis podrém anar passant fins l' any que vé, y de passada podrém tirar algún ós al gós del juheu pera que s' entretinga.

—¡Oh! lo qu' es l' any que vé ja n' arraconarém algunas..... Al pas que van, farém més vi d' aquestos ceps que no n' havíam fet may dels vells. Sembla impossible qu' hagin agafat tant poder en sols dos anys. Deu 'ls guardi de malas pedregadas.

—Lo qu' es per are no hi ha por.

—¿Qué vols que 't digui?..... Cuant soch á la vinya esmajincant (1) la terra ó arrancant canyota, y veig que per la part de Montserrat comensa á taparse 'l cel, sento que del cor me puja una cosa que no 'm deixa respirar y sense que hi puga fer res, los ulls me comensan á espurnejar. Té, are mateix: ¿veus aquell nuvol que vé per allí? donchs no porta cosa bona. Sols trifulcas y plors podém esperar del temps los pobres pagesos.

—Cuant no 'ns dona un sol xardorós que fá madurar los rahims de nostras vinyas!

—Teniu rahó, padrí. Si aqueix Joseph, sembla que s' esforsi en veureu tot per lo cantó més negre.....

—Perque penso ab tú y ab los menuts y m' espanta lo sol pensament de que la miseria se 'ns pugui ficar á casa altre cop.

—Y no pensas pas mal, fill meu; pero 'l que com tú pot assaborir la dicha ab la pau de sa casa, tenint salut ell y los seus, sols te motius d' agrahiment envers lo Senyor que beneheix sa llar y la Verge que la cobreix ab un tros del seu mantell.

—Sí, padrí, sí. Aveu molt encertat en tot quant haveu dit, y tota vegada que, ab l' ajuda de Deu hem acabat ja lo dinar, voleu que donem *gratias?*

—Donémlas.

. . . . . .

—Mare, mare; mireu quins nuvols venen per lo cantó de Montserrat. Me sembla que tindrém tronada. Teniu, ja plovisqueja.

---

(1) Cavant.

—Pobres de nosaltres si arriva á caurer pedra. Altre volta tornarém á veurer nostras vinyas malmesas y nostres esperansas desvanescudas.

—Tranquiliseuvos, padrí, y tinguéu present lo que vos mateix haveu dit, no hi ha pas gayre estona.

—Es veritat, fills meus, es veritat, m' alarmava sense motiu... pero ¿qu' es lo que veig, Deu meu? pedrega já. Perduts estém si Deu no 's compadeix de nostras amarguras.

—¿Reyna santíssima, que será de nosaltres? Sant March, Santa Creu, Santa Bárbara, no 'ns deixéu...

—¿Sentiu, pare? En Pau Pere ja comensa á tirar. Lo qu' es ell ja se sab, en veyent venir la tronada, sigui allí ahont vulla, vola á casa seva y las emprén á escopetadas contra 'ls núvols.

—Diuhent que té amanidas expressament una pila de balas cobertas ab cera del *moniment*...

—Y que, mentres ell dispara una escopeta, la dona ó la maynada ja 'n carregan un altre...

—Sí, fillets, sí. Mentrestant, nosaltres preguém pera que Deu lliuri de la pedra á nostres vinyas.

—Las campanas de Sant Esteve ja tocan á bon temps... Mireu, ja s' asserena.

—¡Ay! quin pes me treu de sobre... ¿qui sab? potser no haurá fet gayre mal; queya molt barrejada ab aygua.

—Per allí ve en Socarrats, ell nos ho dirá, que deu venir de repassar las sevas. ¡Socarrats! ¡Socarrats! ¿Que ha sigut aqueixa verinada?

—Poca cosa, gracias á Deu; pero 'ns hem lliurat d' una y bona; al bosch d' en Ginebreda n' hi queyan com admetllas. Feya feresa veureu.

—Hauría sigut llástima... Uns rahims tant hermosos; y 'ls teus ja deuhent fer goig també...

—¡Oh! sí; lo qu' es á mí no m' atrapará pas; l' endemá de la mare de Deu comenso á cullirlos.

—Nosaltres igualment. ¿Sabs que deya? Qu' aqueixos americáns en dos anys ne fan lo doble que 'n feyan los vells en tota la seva vida.

—Prou qu' ho deya 'l *senyor*, quant nos los va donar y nosaltres escarmentats desconfiavam «Plantéulos, y empeltantlos després dels vells xaretlos, tindrán la resistencia de la joventut y l' abundó d' altres temps millors».

¡Oh! si en totas las plantas joves y vigorosas s' hi pogués

infiltrar l' esperit de las vellas plantas, la Patria catalana estava salvada.

C. F.

LUIGI COSSA

ECONOMISTA ITALIANO

(*Conclusión*)

Y lo dicho se pone de relieve y se vé confirmado al hablar del capítulo quizás más notable de su obra, me refiero á la exposición que hace de una cuestión que requiere conocimientos filosóficos no escasos, y á la cual muchos tratadistas dedican breves palabras; tal es la del método, fuente y explicación de muchos errores. Cossa ante todo y siguiendo ese proceder que indica, escribía siempre, no por defender ideales, ni opiniones particulares, sino por la verdad: antes de concretar la cuestión del método á la Economía Política, se ocupa del mismo en general, analiza su concepto, investiga su doble oficio, estudía lo que es la observación aplicada á los hechos sociales, señalando en su detenida investigación los grados de exactitud que pueden otorgársele, en lo cual vemos al filósofo conocedor, y no superficial por cierto, de los más arduos problemas filosóficos. Dice que el método en Economía Política ha de ser profundamente deductivo, no exclusivamente, partiendo de algunas premisas deducidas de ciertos hechos psíquicos, (internos) y físicos (externos), cuya fórmula es difícil como reconoce, pero manifiesta ha de procurarse sean fiel manifestación de la realidad, axiomas indubitables, ó verdades fáciles de comprobar ó demostrar por otras ciencias. Formula Cossa estas premisas acertadamente y es indudable que en ellas encuentra base segura el economista, cual otras ciencias no hallan dificultad en su desarrollo basado en varios axiomas que la razón no puede menos de aceptar. La ley del mínimo medio, sin duda alguna es tan evidente como que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Tampoco rechaza Cossa la observación. Más de todos son conocidos los errores á que con frecuencia induce, por lo cual analiza su valor lógico, los medios de que se vale, (sentidos externos ó internos), las condiciones en que los hechos sociales han de observar-

se y las dificultades que se oponen á la determinación rigurosa de lo que es objeto de nuestra experimentación. Concretando su juicio, vé en ella un instrumento precioso para confirmar deducciones precedentes ó para proporcionar deducciones sucesivas, pero impotentes para revelar las causas primeras de los fenómenos observados. El criterio de Cossa no es pues exclusivista, llegando á precisar su parecer hasta el punto de señalar en que fenómenos económicos debe darse alguna preferencia á la inducción, con lo cual demuestra el examen detenido que había hecho de los hechos económicos; es más, reconociendo que por influencias perturbadoras ó circunstancias variadísimas, la deducción que en su parecer debe usarse preferentemente puede hallarse en contradicción con la realidad; señala medios en su exposición del método, para salvar tales consecuencias y así nos dice puede recurrirse á hipótesis proporcionadas por la observación, ó bien poa la inducción cualitativa ó cuantitativa, para ver si existen causas secundarias que lo expliquen, con lo cual manifiesta su conocimiento de la vida social cuya complicadísima trama á veces preocupa al observador con sus contradicciones. Cossa señalando medios para salvarlas, demuestra lo bien que comprendía la naturaleza de las ciencias sociales, y su deseo de evitar á la Economía Política que tuviera que hacer un alto en sus progresos ante una realidad que á veces niega al científico la verdad que asiste á sus especulaciones, por influencias con las que no contaba y cuyo difícil estudio muestra como debe llevarse á cabo.

Notabilísimo es el estudio que del método según la escuela histórica hace Cossa, á la que juzga con la severidad que exige esa escuela que vé en la Economía una ciencia que sólo puede dar principios relativos, variables y limitados á las condiciones de tiempo, lugar y civilización, lo cual es destruir la ciencia, declarar estériles sus principios y mirarlos como quiméricas fórmulas sin posible aplicación práctica. Severo por cierto es el juicio que merece esta escuela á Cossa, demostrando cumplidamente que la Economía Política es algo más que un compendio práctico descriptivo y limitado á un lugar determinado. Evidencia los absurdos á que su método conduce, por querer en un pasado siempre imperfectamente conocido, sino erróneo, aleccionarse, para encauzar ó señalar los medios de llenar las necesidades del presente, proceder que es negación del pro-

greso á que la humanidad con sus esfuerzos empuja á la vida económica de las sociedades. Sin embargo, imparcial, reconoce los servicios que á la escuela histórica se deben por sus investigaciones científicas, y señala la reacción que contra los idealismos puros, que sin preocuparse de los males sociales en aras del *laissez faire, laissez passer*, negaban toda ingerencia del Estado en la vida económica, fué á ella debida, si bien reconoce algún tanto excesiva.

El método matemático que aplica el análisis matemático y las figuras gráficas de la geometría á los razonamientos económicos, es también estudiado por Cossa, con lo cual demuestra conocer las ciencias á que alude y no superficialmente por cierto. Antes se ha dado á conocer el filósofo, aquí se vé al matemático. Su criterio sobre este método es evitar el abuso, siendo su empleo cuestión de oportunidad; en lo cual están conformes muchos economistas. Como él dice, no debe pretenderse de los matemáticos más de aquello que pueden dar, pues sabido es en el orden social, que si bien es muy elegante y hasta en la apariencia expresiva una fórmula, sin embargo cuando se analiza si se quiere comprobar su exactitud, sobre ser tarea laboriosa, es difícil, expuesta á error, por lo cual se acoje á la opinión de Edgewoth indicando la necesidad de parsimonia en el empleo de fórmulas.

El estudio del método es digno de especial mención en su obra; tan difícil cuestión, muy poco estudiada, obtiene por Cossa un desarrollo magistral, en el cual tiene que aprender hasta el que, ajeno á los estudios económicos, quiere conocer lo que para el científico es el método cuando del mismo se ocupa en general, antes de concretar la cuestión de Economía. Por otra parte, demuestra Cossa la necesidad que cada día se siente con más fuerza al exponer una ciencia, de no introducirse en su estudio sin resolver las importantes cuestiones que se relacionan con la metodología. Y en la Economía Política tan controvertida y discutida, no hay duda alguna que es de importancia resolver tales cuestiones, en bien pocas obras estudiadas. Su rectitud de criterio, su imparcialidad, el alcance de sus investigaciones y los conocimientos del autor á los que apela con frecuencia, manifestándose el filósofo y el matemático, sin digresiones inútiles é innecesarias, hacen que bien podamos señalar su capítulo, como un notable esbozo de un estudio de metodología económica.

Finaliza la parte teórica de su introducción á la Economía Política, hablando de su importancia y refutando algunas objeciones que á la misma se hacen. Señala los obstáculos que á su progreso se oponen y lamentándose en verdad, de los periodistas y literatos que se declaran sencillamente con modestia real ó supuesta profesores cuando se discute de filosofía, cálculo, obstetricia, y creen no hay razón alguna para exceptuar las ciencias sociales y en especial la Economía Política. De ellos dice son lo que los alquimistas á la química, los curanderos á la medicina, perturbadores de la verdad científica, dificultando el desarrollo de las más vulgares preocupaciones. Aquí se manifiesta Cossa en su valer de observador de la realidad, manifestando en elocuentes páginas, al observar las dificultades que se oponen al progreso de la Economía Política el cariño que tenía á su ciencia. Señala el interés de los políticos en que persistan ciertas opiniones, y la maléfica influencia de los utopistas empeñados en reformas que la ciencia combate y la resistencia empeñada que han de oponer á la verdad científica. Más no por eso se desanima Cossa, dice que la Economía Política ha de combatir por un bien entendido progreso social, precisa vencer, y exclama acabando su capítulo con Whateley: «que el teorema de Euclides no hubiera sido acogido por unánime consentimiento de los sabios, si hubiera estado relacionado inmediatamente con la riqueza y el bienestar individual.»

En la segunda parte es donde se manifiesta Cossa como historiador de la Economía, conquistando para la historia económica un grado de progreso que le otorga un nombre eminente. No es su historia de la Economía Política una exposición cronológica, siguiendo las divisiones de la historia en general; atendiendo á las exigencias de la moderna crítica histórica, estudía el origen y progresos de las doctrinas económicas, relacionándolas con la situación social en que vivieron; del examen de sus manifestaciones embrionarias, aisladas, asciende al examen del todo sistemático que luego formaron. En su historia, huye de toda apreciación que signifique influencias particulares. Cossa es historiador de la ciencia, á ella sirve y jamás alude á opiniones particulares, ni se convierte en apologista de tal ó cual sistema, lo que es causa, de que muchos sacrifiquen la imparcialidad del historiador haciendo á la ciencia esclava de sus opiniones particulares.

Esta segunda parte, es una historia extensa de la Economía Política, en ella el autor estudía el origen y desenvolvimiento de las teorías y de los sistemas, considerándolos en su totalidad y en sus partes principales, sin descender á minuciosidades que á veces embarazan el estudio. Su exposición no se crea ser breve, antes al contrario, tiene la extensión debida para que el que quiera hacer estudios amplios en historia económica pueda sin dificultad hacerlos, para lo cual acompañan y cortan el texto innumerables citas bibliográficas, con que el autor avalora su trabajo, á la vez que notas críticas sobre los autores que cita, apreciabilísimas por su exactitud y por la brevedad con que en cuatro palabras indica al lector lo que significan aquellos nombres para la ciencia.

El capítulo primero de la obra de Cossa se titula *La historia de la Economía Política*. Su título es altamente significativo para dar á comprender su trascendencia, é inútil es decir que Cossa lo desarrolla con su erudición acostumbrada. Siguiendo aquella conducta que nunca olvida al tratar una cuestión de trascendental interés, Cossa da en ese capítulo noticias generales á la historia, expone el criterio que debe seguirse y en sencillas advertencias formula inapreciables reglas de crítica. Y así indicando su proceder y los criterios á que atenderá, cáptase la voluntad del lector ante su bondad en el proceder, señalándole esos principios de muchos conocidos, pero no practicados ó bien comprendidos.

Importante es la distinción que presenta entre la historia de las doctrinas y de las instituciones económicas, con lo cual, evita el defecto, bien frecuente por cierto, en muchos historiadores de la Economía Política, de hacer la apología de ciertas instituciones económicas ó bien de juzgarlas desfavorablemente, lo cual es en mengua del examen de las doctrinas económicas y de la imparcialidad, pues influída su crítica por determinadas ideas, que en ella se manifiestan, pierden la independencia que es necesaria para juzgar acertadamente en las cuestiones que en la historia surgen.

Muchos historiadores de las ciencias siguen en la división de su estudio un desarrollo paralelo á las edades de la historia universal. Cossa, haciéndose cargo del punto de vista especial en que debe colocarse el economista, da una clasificación acomodada á las exigencias científicas, que

es en realidad digna de ser mencionada como una de las más notables y adecuadas á la historia de la ciencia económica.

Brevemente voy á dar cuenta de la misma. Analiza Cossa ante todo las nociones científicas y de gran valer que en materia económica formulan los filósofos, teólogos, políticos y jurisconsultos de los tiempos antiguos, medios y parte de los modernos. El Oriente, Grecia, Roma, la influencia civilizadora del cristianismo, la edad media y la filosofía escolástica que empuña durante su transcurso el cetro del saber, y todas sus lumbreras científicas: Herodoto, Platón, Jenofonte y Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plinio el viejo, etc., el ángel de las escuelas Santo Tomás de Aquino, y la ilustre pléyade de escritores que florecen en la edad media, son objeto de concienzudo y atento análisis por Cossa, quien no olvida trasladar al escritor á aquella época, recordándole en una breve ojeada el estado de las ciencias, la cultura intelectual, los ideales religiosos, el orden social con las influencias que en el actúan, las reacciones que engendraban. Pero esos conocimientos, si bien propios de la ciencia económica, son fragmentos valiosos, pero que no podían engendrar un cuerpo de doctrina, ni formar un todo sistemático: para ello precisa que la sociedad progrese más. Habla Cossa del soplo regenerador del Cristianismo, señala su influencia social que cambia por completo el modo de ser del mundo antiguo del cual Velace, pero con razón dice, no podía progresar la ciencia económica: «aquella obra fecunda y reparadora, encontró en las ideas, en las preocupaciones, en las costumbres y en las leyes tales y tantas resistencias, que se retardó por muchos siglos el pleno efecto de las indicadas reformas. Así la época anterior á las Cruzadas, contristada por la lucha siempre viva entre el papado y el imperio, que se disputan el primado *político* en la Europa cristiana, y por las guerras más limitadas, pero no menos incesantes y furiosas de los señores feudales, impiden el desenvolvimiento de las manufacturas y del comercio. En aquel contínuo movimiento de batallas, de rapiñas y de violencias de todo género, las industrias carecían de las necesarias garantías de orden y de libertad, y sufrían grave detrimento por la falta y la poca seguridad de los medios de cambio, de transporte y de comunicación, mientras la misma agricultura languidecía, cargada de pesos insopor-

tables y envilecida por la mísera condición de los colonos, siervos de la gleba y oprimidos por los lazos del sistema feudal.» Indudablemente que por este párrafo que he transcrito de Cossa, veréis al historiador elocuente, que en breves palabras retrata una época y nos hace comprender en todos sus detalles el estado social que era un impedimento para el progreso económico. Más progresa la humanidad, desaparecen esas causas, y al promediar el siglo XVII, aquellas controversias sobre el precio, la usura, etc., se concretan algo y en ellas hay ya indicios que delatan los gérmenes de la ciencia, pues en sus juicios aparece un criterio económico. Tan largo período de tiempo, forma uno en la historia de la Economía Política, que Cossa denomina período fragmentario.

La tendencia á formar de los estudios económicos una agrupación, separándolos de otras ciencias con las cuales iban englobados, da lugar á otro período que denomina de las monografías y sistemas empíricos, que alcanza hasta el siglo XVIII. Los escritos de índole polémica, pero con un criterio independiente de otras disciplinas, en éste son estudiados, si bien aun carecen de coordinación técnica y es frecuente en los escritores la indecisión, así como también estudia en este período los sistemas empíricos, analizando antes las circunstancias y causas que motivaron su aparición. Estudia el sistema armónico y el mercantil, analiza luego la reacción liberal y el eclecticismo con los sistemas del proteccionismo agrícola, libertad industrial y las teorías y reformas financieras que surgen examinando detenidamente el movimiento científico.

Los precursores de la ciencia, ese período de transición, cual todos los que tal carácter presentan, difícil de ser concretado, es estudiado por Cossa con el detenimiento que merece, precisando en él claramente, las evoluciones de las manifestaciones científicas que habían de dar lugar en último resultado á la ciencia económica. Las indagaciones científicas indican una ciencia que germina y los escritores buscan ya los elementos de la producción, analizan la distribución, hablan de la libertad comercial, etc. El sistema fisiocrático y el estudio de la influencia universal de sus principios, es digna de ser mencionada; analiza lo que significan para la ciencia los escritos debidos á Quesnay, Turgot y otros á los que somete á su crítica, pero entre todos sus estudios descuella y es digno de notarse por no

haber sido tratado con la extensión que merece el capítulo que dedica á Adam Smith y á sus inmediatos sucesores, notabilísimas páginas en que hace al llamado padre de la ciencia económica, objeto de la debida investigación que sus escritos exigen, señalando acertadamente su personalidad científica. En los escritores que de economía se ocupan aparece ya un pensamiento científico, con criterio económico, y este período lo llama Cossa, período de los sistemas científicos.

El anterior período alcanza hasta el primer tercio de nuestro siglo. A partir de éste, estudia Cossa el desarrollo científico de la Economía Política en las diversas naciones. Inglaterra donde su estudio es popular, Alemania cuyo progreso científico de todos es conocido, Francia, Austria, Países-Bajos, España, Portugal, Dinamarca, Noruega, Suecia, Finlandia, Polonia, Bohemia, Rusia, Hungría, Estados-Unidos, en su obra ven su historia contemporánea del progreso científico de la Economía Política, cuyo estudio finaliza con una noción más extensa de la misma en Italia. Y ese estudio es hecho con el detenimiento que indica el examen de los sistemas científicos que en cada nación privan, indicando autores y obras, dando fiel y acertada indicación del estado actual de la Economía Política. Este cuarto período es calificado por Cossa de período crítico-contemporáneo, finalizando su estudio con un capítulo dedicado al del socialismo contemporáneo, cuya manifestación en la ciencia, estudia, en su influencia y manifestaciones de comunismo, socialismo propiamente dicho y colectivismo, sobresaliendo su crítica de Proudhon, Marx, Lasalle y otros.

Con lo dicho creo haber dado suficientemente á conocer al lector la personalidad científica de Cossa. En sus obras se manifiesta el maestro, el crítico, el filósofo, el sabio, que con su laboriosidad y sus talentos contribuye al progreso de la ciencia, á la vez que escritor modesto él que por sus conocimientos y preclaras dotes de inteligencia podía aspirar, no á publicar breves sumarios, sino voluminosos tratados en que la ciencia hubiera tenido sus más veraces manifestaciones; y no por cierto lo creemos sin fundamento, las muchas traducciones de sus obras sean evidente prueba de la verdad de lo que afirma. Su claridad en la exposición, la facilidad comprensiva de sus observaciones, sus estudios sobre cuestiones que entrañan proble-

mas filosóficos, bien difíciles por cierto, su análisis de las opiniones científicas que discute y refuta en sus falsedades con la facilidad de su dialéctica elocuente á la vez que severa, cuando niegan la debida importancia á la Economía ó en iras de una sociología quimérica sacrifican la vida independiente que le precisa para vivir y progresar en el mundo científico. Sus capítulos sobre la posición de la Economía Política en el mundo científico y sobre el método, son suficientes para conquistar un nombre ilustre á Cossa. Desenvuelve las teorías y cuestiones y lo hace con la facilidad de quien conoce detenidamente lo que estudia, y si en el examen de las escuelas y teorías señala sus defectos y las refuta, imparcial siempre, no olvida con aplauso los conocimientos ó progresos que á la ciencia van proporcionando. Kells Ingram (1) le cita como uno de los autores que combaten á la escuela histórica y sin embargo no dejan de reconocer lo que le debe la ciencia. Su crítica, sin prejuicios de escuela, sólo aspira á encontrar la verdad huyendo de influencias que si dominan al crítico absorven las energías de la razón. Su moderación en las controversias, no rehuye sin embargo una discusión detenida que aclare las cuestiones que á su observación somete y en sus conceptos nunca superficiales, aparece el dictado de una inteligencia que proyecta luz real y verdadera sobre los problemas que estudia, en lo cual halla poderoso auxiliar en sus conocimientos. Su sistematización rigurosa y la precisión conque procura delimitar las tareas del economista, evitan en sus obras la aglomeración arbitraria de materias. La rectitud de su proceder, colocando al lector, antes de introducirle en las cuestiones que va á exponer, en condiciones de apreciar la verdad de sus juicios, imparciales siempre, recordándole conocimientos que toda persona medianamente ilustrada posee, es digna de ser notada; y su exposición clara, concisa y sentenciosa que se aparta de estilos ampulosos que las más de las veces sacrifican la claridad de las ideas y la facilidad de la comprensión, á la belleza del lenguaje, son notas sobresalientes que en sus escritos descubrimos. La completa bibliografía, jamás exclusivista, que á sus obras acompaña, ordenada por materias, no es una mera compilación de nombres, al contra-

(1) *Historia de la Economía Política*, traducción de Miguel Unamuno, pág. 289

rio, tan distinguido autor indica frecuentemente notas críticas de gran valor y que en síntesis indican el contenido de la obra á que se refieren. Cossa es para la ciencia económica un esfuerzo sostenido, lleno de fé, para lograr se aclarasen muchos problemas hoy aun muy discutidos y un progreso evidente en otras materias por pocos estudiadas y que señalan á la ciencia dilatados y vastos horizontes que algún día recorrerá el científico con la seguridad de la verdad demostrada.

Necesaria la historia para evitar en los estudios económicos exageraciones dañosas á la ciencia ó bien un escepticismo económico, hallareis en Cossa un historiador eminente, un observador profundo, un crítico sagaz. Su obra de indispensable conocimiento al que, con un criterio científico, quiera conocer el gradual desenvolvimiento de la Economía Política, nos deja un plan sistemático de su historia de valor inapreciable y dictado con un criterio científico que corresponde al punto de vista especial que exije la historia de una ciencia. Su atención á las fuentes, su rectitud de juicio, su exposición concisa, elocuente é imparcial, hacen de los capítulos de su obra ordenada serie de monografías en las que se desarrolla la historia de la ciencia de la Economía Política. Cossa aporta en su bibliografía de la Economía Política, al exponer su historia, noticias muy completas, por cierto, de todo cuanto con ella se relaciona, lo cual es un gran paso, porque con tan numerosos materiales como acumula se avanza decididamente en el desarrollo y progreso de los estudios histórico-económicos.

Pocas palabras debo añadir á lo dicho para daros á conocer la personalidad de Cossa. Referir lo que era su cátedra, dar noticia de sus obras, exponer su contenido y apreciar imparcialmente lo que valen, es dar cuenta de su vida. Como afirma de él una revista científica, era universalmente amado. Cossa en la cátedra, en sus obras, es el sabio profesor, el distinguido tratadista; en su vida privada, se ve al incansable observador que siempre anhela las laboriosas investigaciones de los hechos sociales. Cossa amaba á la ciencia y no podía menos de entrelazar su cariño á ella con las más puras afecciones, con los santos lazos dela familia. En su importante obra *Introducción al estudio de la Economía Política* nos lo indica, cuando en el prólogo después de algunas observaciones cortas, (pues

apenas tiene una página) firmado, cual siempre en su modestia lo hacía, con sus solas iniciales escribe «Cunduyo tributando cordial agradecimiento á mi hijo Emilio, que compiló con mucha diligencia el índice alfabético, indispensable, para hallar pronto las noticias referentes á los autores citados en diversas partes de la obra.»

No conocíamos personalmente á Cossa, pero debemos confesar le amábamos con el afecto que nos merece el autor de una obra en que leer una página es adquirir ciencia efectiva. Mirábamos sus obras con el respeto que merecen las páginas que acusan un trabajo ímprobo, una labor asídua, constante y frecuentemente dificultosa. La noticia de su muerte no podemos menos de sentirla, porque nos priva de las sabias lecciones del venerable maestro. Su existencia, consagrada al estudio, vióse amenazada por una enfermedad que, tras corta duración, le llevó al supulcro privando á la Italia, de un eminente profesor, á la ciencia, de un entendimiento laborioso, á los que le trataban, de un fiel amigo, á los que estudiábamos en sus escritos, de enseñanzas siempre provechosas.

El Consejo de la facultad de jurisprudencia al cual pertenecía, en su primera sesión después de su muerte (19 Mayo), tomó la iniciativa abriendo una suscrición para elevarle una estátua en el patio de la universidad de Pavía, á cuyo claustro de profesores pertenecía. ¡Que Dios haya acogido en su gloria al laborioso profesor!

A. Solá y Llenas.

15 Agosto 1896.

EL EMPUJE DE LOS FLUIDOS

Uno de los principios que se estudian en la Física es el llamado principio de Arquímedes, cuyo enunciado, que sin duda sabrán mejor que yo mis lectores, es el siguiente: *Todo cuerpo sumergido en un líquido experimenta un empuje hacia arriba igual al peso de un volumen del líquido igual al desalojado por el cuerpo.* La Física demuestra prácticamente este principio de una manera muy sencilla que, aunque no he de detallar, por ser sobradamente conocido el experimento que en este caso se realiza, bueno será que recordemos á la ligera la manera de practicarlo.

Al tener dos cuerpos suspendidos de uno de los platillos de la balanza hidrostática, macizo el uno, y hueco el otro, de igual volumen aquél, que capacidad tiene éste, y sumergir en un líquido cualquiera, agua, por ejemplo, el macizo, habiendo tenido cuidado de equilibrarlos con pesos en el otro platillo antes de introducirlos en el líquido, se establece un desnivel en ambos platillos, efecto sin duda del empuje de que nos habla el principio de que tratamos. Para demostrar lo que se refiere al valor del empuje, no hay más que llenar el cuerpo hueco, del mismo líquido que contiene el vaso en que el otro está sumergido, y se puede observar en el momento, con el restablecimiento del equilibrio en la balanza, la verdad del enunciado de Arquímedes.

Ahora bien, afirma la Física que dicho enunciado se cumple también en los gases, es decir, que comprende á las dos clases de fluidos. Para demostrar el principio de Arquímedes aplicado á los gases no se había conocido hasta ahora otro instrumento que el llamado Baroscopio, instrumento verdaderamente imperfecto, pues si bien el experimento que con él se verifica nos demuestra la existencia de un empuje mayor, en la mayor de las esferas de dicho instrumento que en la menor, no nos da, como debiera darnos, á semejanza del experimento que se verifica con la balanza hidrostática, la medida exacta del empuje, que en el caso de los gases debería ser el peso de un volumen del gas, aire en general, igual á la diferencia entre los volúmenes de las dos esferas, ó sea el exceso del volumen de la mayor sobre la menor. A llenar este vacío de la Física experimental está destinado el aparato que pretendo dar á conocer á mis lectores en estas pocas líneas, aparato que ha ideado no hace mucho, nuestro compatriota el sabio matemático Dr. D. Pedro Marcer, presbítero, catedrático del Seminario de esta ciudad, bien conocido por cierto en ella y fuera de ella, como uno de los que en nuestra patria y en nuestros tiempos más trabajan en provecho de la ciencia.

Hemos dicho que el Baroscopio no nos daba la medida exacta del empuje de que nos habla el principio de Arquímedes: pues bien, se comprende desde luego que si en la esfera hueca del citado aparato abrimos un agujero con su llave para tenerlo abierto ó cerrado á voluntad y por lo mismo vacío ó lleno de aire, según nos convenga, habre-

mos realizado lo necesario para que se pueda comprobar con el nuevo aparato, así obtenido, lo que no ha podido demostrar el Baroscopio. La modificación que nosotros hemos expuesto es, pues, la que se le ocurrió al Dr. Marcer al idear su nuevo aparato. Consta este último de un pie de latón, cuyo extremo superior, á semejanza del Baroscopio, sirve de punto de apoyo á una palanca de brazos iguales; del extremo de uno de éstos pende un cilindro macizo, y del extremo del otro brazo, una esfera hueca con un agujero y su llave correspondiente sostiene con el cilindro el equilibrio del aparato, estando la esfera llena de aire á la presión normal y el conjunto en libre atmósfera. Tiene, además, el aparato una aguja que marca la amplitud de las oscilaciones de la palanca en un arco graduado fijo en su pie.

Para la demostración clara y exacta del valor del empuje de los cuerpos gaseosos con el citado aparato, se procede de la manera siguiente: Se coloca el aparato, teniendo cerrada la llave de la esfera, bajo la campana de la máquina neumática, se practica el vacío en dicha campana, sin que pueda verificarse, no obstante, en el interior de la citada esfera; el aparato se halla de esta suerte en idénticas condiciones que el Baroscopio cuando se experimenta con él, y, á semejanza de lo que con este sucede, observarémos un desequilibrio en los dos cuerpos que penden de los extremos, veremos que la palanca se inclina hacia el lado de la esfera, prueba patente de que en el vacío, y estando la esfera llena de aire, ésta tiene un peso mayor que el cilindro, y que, por efecto del empuje mayor que la esfera recibía en el aire respecto al cilindro, se establecía el equilibrio. Hasta aquí no observamos más que lo que se observa con el Baroscopio, más éste último ha terminado ya su misión, pero no el del Dr. Marcer. Si se quita la campana de la máquina neumática y en el tornillo que ésta tiene en su platina se ajusta la esfera, para lo cual puede ésta separarse del resto del aparato, y se practica el vacío en su interior, colocada de nuevo la esfera en su brazo correspondiente, la palanca se inclina del lado del cilindro, pero introduciendo de nuevo el aparato bajo la campana de la máquina neumática, y practicando el vacío á su alrededor vuelve á establecerse el equilibrio; y por el procedimiento inverso pueden observarse los mismos efectos, es decir, que al quitar la campana de encima la

platina ó dejar penetrar el aire en la máquina neumática, pierde la palanca su posición de equilibrio, y vuelve á restablecerse en la citada posición en cuanto se abre la llave de la esfera; y colocando entonces el aparato con la llave abierta, encima de la platina de la máquina y practicando el vacío á su alrededor, en cuyo caso se practica también en el interior de la esfera, se observa que no pierde su posición de equilibrio.

Procédase por cualquiera de los dos modos explicados, que en el fondo son uno mismo, y siempre se podrá ver la exactitud con que este aparato del Dr. Marcer nos da la medida del empuje de los cuerpos gaseosos, es decir, que nos demuestra prácticamente y de un modo que no deja lugar á duda ninguna el principio de Arquímedes aplicado á los gases; pues, suponiendo que procedemos por el primero de los modos explicados, el desequilibrio que se produce en el aparato al practicar el vacío á su alrededor nos prueba, como el Baroscopio, la existencia de un empuje mayor en la esfera de mayor volumen aparente respecto del cilidro, que en este último, pero, así como el Baroscopio no nos da la medida exacta de esta diferencia de empujes, en el aparato del Dr. Marcer podemos observar que, al practicar el vacío alrededor de la esfera, al mismo tiempo que en su interior, y como consecuencia de restablecerse el equilibrio, queda demostrado que la diferencia de empujes es precisamente el peso del aire que había encerrado en la esfera, aire cuyo volumen es de un modo exactó, por la construcción del aparato, la diferencia de los volúmenes aparentes entre la esfera y el cilindro. Fundándonos en el segundo de los procedimientos de experimentación que dejamos expuestos, un raciocinio análogo nos conduciría al mismo resultado de la demostración.

Fáltanos sólo dar cuenta de la palabra con que el inventor ha dado nombre á su aparato; ésta es *Anotómetro*, palabra compuesta de las dos griegas *anoceo*, empujar hacia arriba y *metron*, medida, y que según pueden ver nuestros lectores por su etimología está perfectamente adecuada á un aparato de esta naturaleza.

A alguno se le ocurrirá, sin duda, al leer estas líneas que se me ha corrido la pluma al llamar *invento*, á la idea de nuestro sabio compatriota, y creerá que no merece tal nombre, sino simplemente el de modificación de otro apa-

rato, cual es el Baroscopio; y en verdad que no andaría del todo equivocado el que tal dijera, pues aparentemente el Anotómetro no es más que una modificación del Baroscopio, pero modificación tan notable y tan necesaria en la Ciencia que bien merece el nombre que le damos y merece también señalársele, como uno de tantos y tan notables adelantos como se vienen realizando especialmente en nuestros tiempos modernos en el campo de la Física experimental, con notable provecho para esta rama de la Ciencias físicas.

De todos modos, llámese al Anotómetro modificación ó invento, por más que nosotros le daremos siempre este último nombre, no podemos menos de reconocer que es de absoluta necesidad, y que á no dudarlo, el Anotómetro reemplazará desde luego en los gabinetes de Física, al viejo é imperfecto Baroscopio, cuya presencia en los citados gabinetes sólo puede justificarse teniendo en cuenta que, hasta el presente, no se había dado con otro aparato que le sustituyera ventajosamente.

EMILIO VALLÉS Y VIDAL.

LA MISA DEL TROVADOR

(IDILI PREMIAT EN LOS JOCHS FLORALS DE VALENCIA.)

Quedeuse 'l cálzer d' or,
Pero deixeume l' harpa.
(J. VERDAGUER.)

Diuen qu' esta nit
Dos bellísims ángels
Han pujat al cel,
Rodejats de llanties.
L' un duya 'n la má
Una hostia y el altre
Patena d' argent
Cobrint daurat cálcer.
Un vol d' esperits
Darrere hi pujaven,
Polsant en dolç cor
Melodioses harpes.
La gent se amotina,
Y crida «¡milacre!»
¿D' ahont son eixes llengües?
¿D' ahont son eixes harpes?
—Harpes son del cel.
(Les digué un trovaire);
Tan dolces cançons
Sols les troven ángels.
Los vehins del poble
Tots hi arreplegantse,
Diuen als querubs
Ab tendre llenguatje:
«Divins angelets
»Que feu los mensajes
»Del cél, ¿d'ahon portéu
»La hostia y lo cálcer?»
. . . . . .
En tant vellet cigne,
Davant lo sagrari
Li prega á son Deu
Que 'l cálcer li guarde.
«Mes fasas per tot,
Diu ell» «oh mon pare,
«Lo que vulgues tú,

»No lo que 't demane.»
Era 'l trovador
Com beneït arbre,
Floró de la Esglesia,
Y del cel un ángel.
Tots los matinets,
Les altes campanes
Ab só misteriós
A misa tocaven.
Lo cantor angélich
Ab tendres pregaries
Pujaba al altar
Los ulls aixugantse.
Allí entre l' incens,
Bevía 'n lo cálcer
La sanch de Jesús,
D' amor ofegantse.
Allí li contava
Al Senyor les ansies,
Allí 'n dolç coloqui
Ells dos s' abrasaven.
La envidia dels hómens
Volgué rebre 'l cálcer,
Y ab llengua de serp
L' omplí de vinagre.
Vent lo trovador
Que á son Deu trataven
Com foll, li digué
Ab sospirs y llácrimes:
«*Mon Deu y mon tot*
»Que 'ls ángels me guarden
»Lo cálcer y la hostia
»En eixes morades.
«Tan sols vullch que 'm deixes
»Dels ángels les harpes,
»Perque así 'n la terra
»Els teus amors cante»
Al punt li enviá
Estol llarch d' arcángels,
Son Deu, desde 'l cel
Rodejats de llanties.
Al cel per la nit
Pujaban lo cálcer,
Y al cigne tots ells
Deixaren les harpes.
Perçó avuy á cantar
No hi ha qui li guanye;
Que 'l bon Verdaguer
Polsa citra de ángels.

JOAN BATISTE TOMÁS,
de les Escoles Píes.

Valencia, 27 Juny 1896.

REVISTA DE LA QUINCENA

La energía desplegada en Filipinas por el general Blanco ha contenido en su movimiento expansivo la insurrección separatista que en la Isla de Luzón había estallado. Es opinión general que la revolución filipina, preparada y sostenida por las logias masónicas, no prosperará de modo que pueda hacer vacilar nuestra soberanía en aquel apartado Archipiélago. Y es también opinión general, que la causa española en Filipinas se identifica con la causa de las Órdenes Religiosas, á las cuales han venido atacando despiadamente las logias que preparaban el movimiento separatista. No pocas son las localidades del Archipiélago donde el *castilla* está representado únicamente por el *Fraile*, que es para los indios el párroco, el consultor, el médico y el juez, y á quien escuchan, acatan y obedecen como á delegado de Dios y de la Madre patria. Así es como los frailes constituyen para la generalidad de los indios el lazo único que les une á la nación española. Y por esto, las sectas masónicas han procurado con satánica prudencia desprestigiar á los religiosos, sabiendo que así socavaban los más sólidos fundamentos de la dominación española.

Con admiración de todas las naciones cultas, están actualmen-

te desembarcando en las playas de Cuba miles y miles de soldados españoles perfectamente equipados y ganosos de lavar con su sangre la mancha esparcida sobre el pendón de España por los secuaces de Máximo Gómez y de Antonio Maceo. No parece sino que España es la primera de las Potencias militares y marítimas, al ver la facilidad con que reune y trasporta á Cuba verdaderos ejércitos expedicionarios, cuyo mantenimiento impone enormes sacrificios que los españoles aceptan sin murmuraciones, atentos al honor de su querida patria. Elogios unánimes de propios y extraños recibe el general Azcárraga por la sabia organización que da á las tropas expedicionarias; y aunque merecidos y muy justos esos elegios, no son menos dignos de alabanza los valientes soldados que con entusiasmo corren á desafiar el clima mortífero de Cuba y las balas traidoras de los filibusteros y mambises, puesto el pensamiento en Dios y el corazón en la Patria. Fortuna ha sido para España el poder contar con el genio organizador de Azcárraga; pero fortuna ha sido para este ilustre general el poder contar con el inagotable patriotismo de los españoles.

***

Muy en breve operarán en Cuba 200,000 soldados españoles: son valerosos, disciplinados y llevan inmejorable armamento. Si con ellos no consigue el General Weyler dar en breve un golpe mortal á la insurrección separatista, sufriremos una decepción inesperada; y desconfiaremos de la estrella de aquel general, ya que no de la persistencia de nuestra dominación en Cuba. Porque hay que tener en cuenta que jamás España, ni otra nación alguna, mantuvo un ejército colonial tan numeroso y bien equipado, ni aún cuando el Sol no se ponía jamás en los dominios españoles. Sobre que, además de poco honroso, sería totalmente ruinoso para nuestra Hacienda y para nuestro crédito, el mantenimiento de ejército tan respetable en pie de guerra por un tiempo algo prolongado. La movilización y aumento de nuestros ejércitos y escuadras han puesto de realce la virilidad del pueblo español, que ha ganado muy mucho en la consideración y aprecio de las naciones civilizadas; pero ahora precisa que la táctica de nuestros Generales utilice los enormes sacrificios que la Nación se ha impuesto, demostrando con sus éxitos, que son dignos de la confianza que en ellos se ha depositado y de la alteza de la misión que tienen confiada.

***

La falta de espacio no nos permite dar una ojeada á los acontecimientos culminantes de la política europea, según acostumbramos hacerlo en esta Sección de nuestra Revista. Pero como no se han realizado sucesos importantes desde nuestra Revista quincenal última, no han de sentir esta privación nuestros amables lectores, acaso más atentos á disfrutar de las postrimerías de las vacaciones veraniegas, que á filosofar sobre la trascendencia de los proyectos acariciados por los Estadistas. Política de verano, por necesidad tiene que ser política de pasatiempo.—E. Ll.